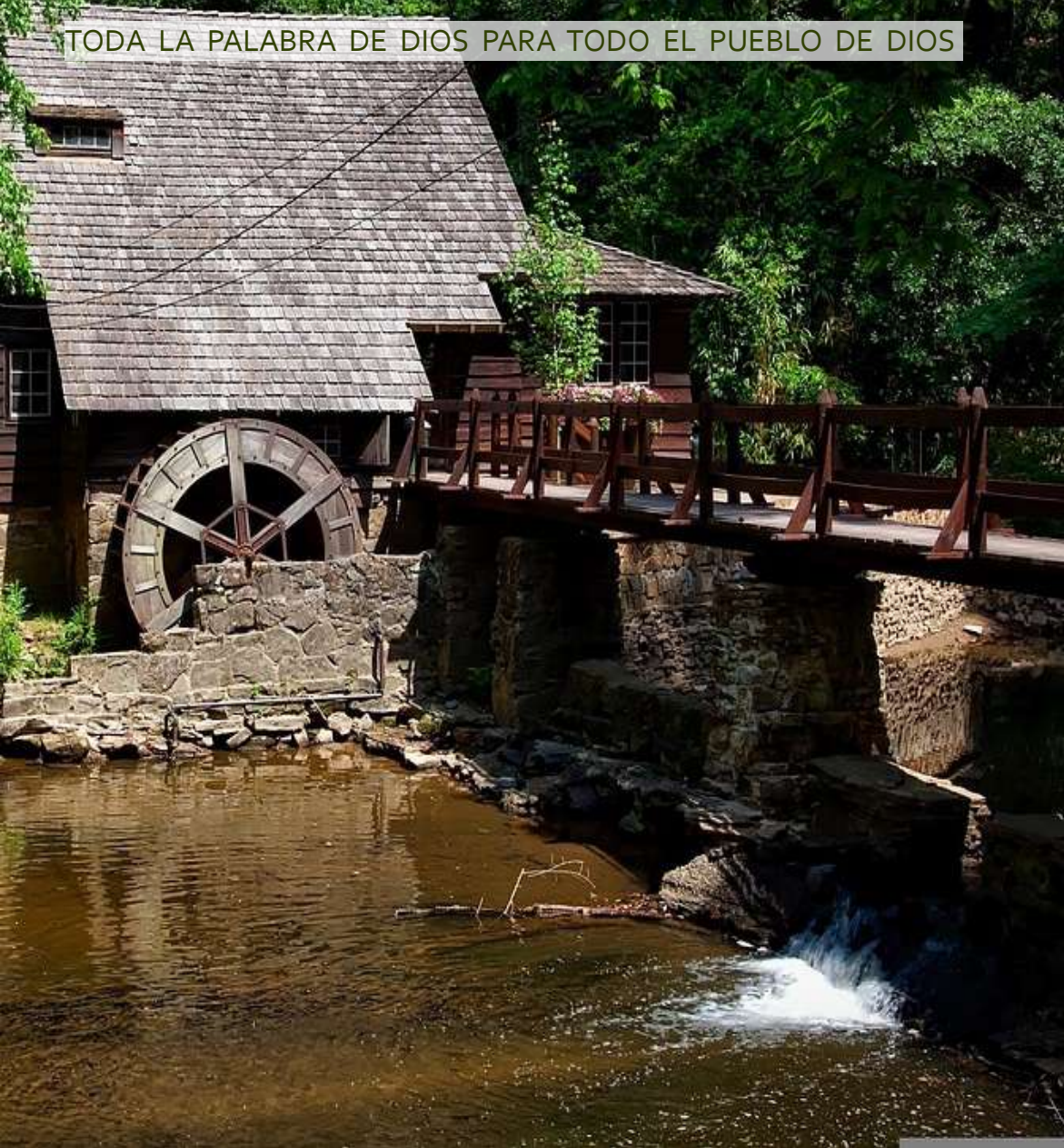


Noviembre-Diciembre 2021

La Sana Doctrina

TODA LA PALABRA DE DIOS PARA TODO EL PUEBLO DE DIOS



La Sana Doctrina

Revista bimestral publicada por asambleas congregadas
en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela

Año LX N° 376
Noviembre-Diciembre 2021

Redactores:

Guillermo Williams
(Fundador: 1958-61)
Santiago Saword (1961-76)
Santiago Walmsley (1976-1993)
Andrew Turkington
Tlf. (0424) 4149856
E-mail:
andrewturkington@gmail.com

Suscripciones:

Joseph Steven Turkington
Teléfono: (0416) 3020889
E-mail:
jsturkington@gmail.com

Suscripciones para 2021

Debido a la situación actual, se hace imposible ofrecer la revista impresa. Se puede acceder la revista en la página web: www.sanadoctrina.net, o bajar gratuitamente el programa Telegram de Play Store, buscar el canal público "RevistaLaSanaDoctrina" y unirse.

Se avisará cuando sea posible imprimir nuevamente la revista, para los que quieren pagar una suscripción impresa.

Contenido

Artículos:

- 3 La Doctrina de Cristo (44)
Samuel Rojas
- 6 Bienaventurado (8)
Gelson Villegas
- 9 El Tribunal de Cristo (4)
Andrew Turkington
- 12 Al que Respeto, Respeto
Bernardo Chirinos
- 14 Analogías entre el Cruce del Jordán
y el Mar Rojo
Alejandro Trías
- 17 La Predicación del Evangelio
John Dennison
- 20 ¿40 años?
Bernardo Chirinos
- 22 Lo que Preguntan**
- Diferencias entre cuatro días en la Biblia
- 24 Página Evangelística:**
Fue Grande su Ruina
Andrew Turkington

La Doctrina de Cristo (44)

Samuel Rojas

Cada miembro de la Iglesia entonces sí andará como es digno de Dios. En sus tratos el uno con el otro la gloria de Dios será manifiesta. Y, “mucho más”, ¡habrá la transparencia del vidrio! Recordemos que estaremos en cuerpos glorificados. Estos cuerpos de resurrección y transformación son descritos en 2 Cor 5:1-2 como “un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos... nuestra habitación celestial”. Y, en 1 Cor 15:42-44 se dan cuatro características de este cuerpo transformado; una de ellas es que es “espiritual”.

Ya no habrá más murmuraciones ni quejas. No más resentimientos ni heridas. Ni dudas ni aprehensiones. El oro puro, pues, es el emblema de la naturaleza y de la gloria divinas. El vidrio transparente, de la espiritualidad de los cuerpos de los redimidos. En la ciudad se combinan los dos emblemas: los miembros de la Iglesia se ven radiantes de gloria divina con toda transparencia de carácter; con sencillez y sinceridad, piadosas y perfectas.

Una ciudad es, pues, la suma de sus habitaciones y de sus habitantes. Esta Ciudad majestuosa es la Esposa del Cordero, formada por todos los santos de esta Dispensación de la gracia de Dios (Ef 3:2,3,6,9-11). No está conformada por “ranchos” ni “casitas”: ¡puro edificios gloriosos! Santos en sus cuerpos transformados: poderosos,

gloriosos, inmortales, incorruptibles, espirituales, semejantes al cuerpo de la gloria de Cristo (Fil 3:20-21).

Esta visión es trascendentalmente gloriosa y hermosa. Esta Santa Ciudad elevándose y extendiéndose, hasta donde alcanzaba la vista de Juan, en un esplendor inmaculado. ¡Cuánto anhelamos que hoy, actualmente, esta armonía divina y afectos entrañables cristianos impacten a todos los que nos observen!

En Su oración en Juan 17, el Señor pidió al Padre por la unión de los Suyos. Primero, por la unidad entre Los Doce (en ese momento, estaban once, pero la Escritura también habla de “los doce”), los Apóstoles, v.11. Luego, en los vv 21,22 y 23, por la unidad de “los que habían de creer en Él por la palabra”, abarcando a todos los creyentes de esta Era de Gracia, la de la Iglesia o Asamblea Dispensacional. En el primer caso, es Unidad en Comuni3n Vital, “así como Nosotros”. En el segundo, es Unidad en el Testimonio P3blico, “para que el mundo crea que Tú Me enviaste”. En tercer lugar, es la Unidad en Gloria, perfecta, visible, milenial y eternal: “para que sean perfectos en unidad, *para que el mundo conozca que Tú Me enviaste*, y que los ha amado a ellos como también a Mí me has amado”.

Esta es la perfecta y divina unidad que se representa en esta Calle de Oro puro.

Será la respuesta final y eterna a esta solicitud del Señor en Su oración al Padre. Ya lo somos, posicionalmente, “en Cristo”. ¡Cuántas veces hemos fallado en esto, en la Práctica, experimentalmente! Empero, esto será realizado plenamente sólo cuando Cristo regrese por los Suyos en el Rapto. Acá, pues, hay una referencia a los días del Milenio cuando la Iglesia se manifestará con Cristo en Su glorioso reinado y, también, al Estado Eterno. Los propósitos de Dios para Su pueblo se cumplirán a pesar de la oposición de Satanás, el acusador, y de las fallas humanas por nuestra carnalidad.

Tomamos más espacio para enfatizar en este tema. ¿Cómo ayudarnos a vivir por adelantado, en medida limitada, esta felicidad y gloria? ¿Cómo lograr este éxito en el testimonio que damos ante el mundo? Estamos claros que esto será una completa realidad manifiesta al mundo cuando Él regrese a la tierra para establecer Su reino y gobernar hasta los confines de la tierra. En ese tiempo el mundo se dará cuenta de la unidad vital entre el Padre y el Hijo, y la del Hijo y Su pueblo, y todos creerán que el Señor Jesús fue el Enviado de Dios. Además, según el v.23, aprendemos que la meta de la unidad de los creyentes con Dios, y entre ellos mismos, es doble: primero, que el mundo crea que Cristo tenía una misión divina, y segundo, que los creyentes son amados por Dios tal como Dios ha amado a Su Hijo. ¡Que seamos tan amados por Dios parece increíble pero real!

Dos casos del Antiguo Testamento

Citamos dos casos en el Antiguo Testamento: las Tablas del Tabernáculo en el Desierto y el Salmo 133. En Éx 26:15-30 y en el 36:20-34 tenemos las instrucciones y la

manufactura de las tablas y las barras del Tabernáculo, la primera morada de Dios en la tierra. Las tablas todas tenían una misma medida y todas eran derechas. Cada una era de madera de acacia (“madera incorruptible”, Versión de La Septuaginta) cubierta totalmente de oro. Cada una tenía dos espigas para unirse entre sí, la una a la otra. Cada una se levantaba sobre dos basas de plata. Había cinco barras, por cada uno de los tres lados, para mantenerlas unidas.

En cada una, aplicada a los creyentes hoy día, podemos discernir la Belleza de Cristo en el oro que las cubría; la Base de Redención en la plata de sus bases. Y, las Barras del Amor (15, por todas = características del Amor en 1 Cor 13:4-7).

Si en cada uno de nuestros hermanos vemos la belleza de Cristo y el costo de su redención, la sangre de Cristo derramada en cruz, muy difícilmente daremos rienda suelta a nuestra carnalidad en nuestro trato. Es “mi hermano(a)”, no es un(a) extraño(a); y, es uno(a) por quien Cristo murió ¡porque Él tanto le amó y le ama!

El Salmo 133 nos informa de esto con palabras que siempre hacen vibrar nuestros corazones redimidos. El salmista inspirado da dos símiles para explicar esta unidad entre hermanos. El Ungüento de la Santa Unción derramado sobre la cabeza del Sumo Sacerdote Aarón y el Rocío que, en inicial etapa, desciende del Monte de Hermón sobre la tierra de Israel. El “borde” de las vestiduras del Sumo Sacerdote no se refiere al borde de abajo cerca de los pies sino al borde del pectoral, donde estaban las 12 piedras preciosas con los nombres de las tribus de Israel grabados. En el corazón del Sumo Sacerdote todos los israelitas estaban grabados; los afectos de este Santo Pontífi-

ce estaban consagrados para ellos. Esta unión fue una sola vez, permanente.

En cambio, el Rocío cae cada día. El rocío refrescando y regando la tierra y manteniéndola en condiciones de fructificar, no seca y estéril. Así con nosotros: vernos en Cristo, en Su corazón, Su amor por cada uno de nosotros. Allí cabemos todos los salvados. Y, cada día, refrescando el alma con el rocío de la presencia de Dios, de Arriba, por la oración y la lectura de la Palabra, mantendremos al corazón en condiciones de mantenernos unidos. Si tenemos comunión con Dios, la tendremos con los Suyos. No tendremos comunión unos con otros si no hay íntima comunión con el Padre y con el Hijo.

¿Cuál es el resultado? ¡Bendición derramada en abundancia! El mundo creará en el Señor y en nuestro Dios.

Dos porciones del Nuevo Testamento

Ahora citamos dos porciones del Nuevo Testamento. Primero, Hch 2:44-47; 4:32-35. En la iglesia primitiva eran de una sola mente, un solo corazón, una sola alma y unánimes. Hubo gran poder, gran gracia y gran temor, y mucha gente se añadió al Señor (Hch 4:24,32-33). Pero estas condiciones no duraron mucho. Satanás y la levadura escondida del pecado comenzaron a trabajar, y en lugar de sumas y multiplicaciones, hubo restas y divisiones. La triste historia de la iglesia visible es un triste comentario sobre la oración de nuestro Señor, “para que... sean uno... para que el mundo crea”.

Los versículos 6-10 muestran que Juan 17 no debe usarse para apoyar el movimiento ecuménico, característico de mu-

chas de las llamadas iglesias hoy en día, incluso las evangélicas. ¿Por qué no? Porque el ecumenismo incluye a los pecadores religiosos pero no salvos. La unión que desea nuestro Señor Jesucristo es la unidad espiritual de la comunión de los creyentes genuinos, que sólo puede basarse en la conformidad u obediencia a su Palabra.

El Movimiento Ecuménico moderno es la falsificación de Satanás para remediar la situación. Se basa en el compromiso y la ignorancia de las grandes doctrinas fundamentales de la Palabra de Dios acerca de la Persona de Cristo y Su Obra Propiciatoria en la cruz. Después de que la Iglesia sea removida en el Rapto, la falsificación terminará como Babilonia la Grande, la madre de las ramerías, y será juzgada por Dios (Ap 17 - 18).

Pero, gracias a Dios, a pesar del fracaso en la escena eclesiástica, hay, y siempre ha habido, un remanente piadoso que reconoce la verdad del Cuerpo Único y busca actuar en consecuencia. Mientras la iglesia profesante visible se hunde gradualmente en la apostasía de los últimos días, los verdaderos miembros del Cuerpo, conocidos solo por Dios, buscan ser leales y fieles a la Palabra revelada, y se esfuerzan por mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Ahora, consideremos Ef 4:1-16. Ya hemos referido sobre las tablas del Tabernáculo las tablas verticales estaban sobre basas de plata pero estaban unidas por una barra central “atravesada a través de las tablas, de un extremo al otro”, como una clavija. Estaba oculta e invisible. Luego había cuatro barras afuera, ensartadas en anillos de oro, uniendo las tablas, bandas que eran visibles. En los vv.3,13, el apóstol Pablo

habla de la unidad del Espíritu y de la unidad de la fe. Una es del tipo interno e invisible, mientras que la otra es del tipo externo que todos pueden ver.

No tenemos que ponernos de acuerdo para tener comunión. Tenemos comunión porque ya estamos de acuerdo. La base de la comunión Cristiana es la doctrina que creemos. *Ya* existe la Unidad del Espíritu;

no tenemos que crearla. Pero, sí, tenemos que mantenerla. La comunión de una Asamblea local va en dos direcciones: en lo que creemos y en lo que practicamos. Menos, no es verdadera comunión sino distorsión. El Señor nos siga ayudando a mantenernos unidos en doctrina y en práctica hasta que Él venga y esta hermosa realidad sea perfecta y permanente.

(continuará D.m.)

Bienaventurados (8)

Gelson Villegas

La bienaventuranza de quienes anhelan justicia

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mat 5:6).

Todo ser humano tiene hambre y sed de algo, pero no toda hambre y sed puede ser satisfecha. Quienes, a título de ejemplo, tienen hambre de riquezas, éstas nunca llegan a llenar el saco roto de la avaricia y de su hermana, la codicia; quienes tienen sed de venganza, mil muertes de mil de sus enemigos no serán suficientes para saciar un corazón rencoroso y malvado; quienes son adictos al vicio y a la inmoralidad sucumben ante tales desatinos, pero nunca quedarán saciados en ellos.

Dios puede satisfacer la sed de justicia del creyente en un sentido personal, quien encomendando su causa a Aquel que juzga justamente, espera en lo que Dios hará. Así, el salmista dice a su Dios: “Porque has mantenido mi derecho y mi causa; te has sentado en el trono juzgando con justicia”

(Sal. 9:4). En este aspecto, a través de este período de gracia, millones de santos han hecho la petición de la viuda: “Hazme justicia de mi adversario” (Luc. 18:3), y no han sido defraudados.

También, el brazo de la justicia del Juez de jueces puede caer sobre quienes hagan daño a la asamblea local (léase con cuidado 1 Cor 3:16,17; Gál. 5:10; Ap. 2:20-23) y, de una manera global y conclusiva en la historia humana: “Jehová... vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad” (Sal. 96:13).

La bienaventuranza de los misericordiosos

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mat. 5:7).

La misericordia se define como una fuerza compasiva, que mueve a perdonar y/o ayudar a otros. También, algunos nos dicen que la palabra “misericordia” es un término compuesto de dos expresiones: miseria y corazón, y que siendo juntas ex-

presa la idea de poner nuestro propio corazón junto a quienes se encuentran en miseria. Esto fue lo que hizo el samaritano de la parábola de Lucas cap. 10 con el miserable y herido caminante, exponente este extranjero odiado por los judíos de la misericordia de nuestro Samaritano Celestial.

Entre otras cosas, relacionado al tema del misericordioso, la Palabra nos dice que a quien primero beneficia la compasión del misericordioso es a sí mismo: “A su alma hace bien el hombre misericordioso; mas el cruel se atormenta a sí mismo” (Pr. 11:17), que el misericordioso expresa o refleja el carácter de su Padre celestial (Luc. 6:36), que “con misericordia y verdad se corrige el pecado” (Pr. 16:6), que “la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg 2:13) y que el Señor pone por encima la misericordia de sus hijos, antes que los sacrificios rituales vacíos (Os. 6:6; Mat. 12:7).

De lo anterior se desprende, que el misericordioso tiene en sus manos la misericordia como una herramienta eficaz, usando la cual sirve a los hombres y agrada a Dios, pero el hecho de que el misericordioso necesita y recibe la misericordia de otros, nos hace pensar que el misericordioso no es un hombre autosuficiente de grandes recursos, antes bien su perfil es el de un hombre de gran corazón. Sin duda, recibirá misericordia aquí de muchos, o de algunos, que han experimentado su mano compasiva y la ternura de su corazón, pero, evidentemente, el clímax de la bienaventuranza —y de la enseñanza— tiene que ver con la misericordia en la escena de gloria, entendida y disfrutada a plenitud en la presencia de “Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Sal.86:15).

La bienaventuranza de los limpios de corazón

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mat 5:8)

“Los de limpio corazón”, ¿quiénes son ellos? Y ¿cómo han llegado a tener un corazón limpio? Evidentemente, no nacieron así ni, tampoco, se hicieron limpios a sí mismos, pues “de sus hijos es la mancha” y nadie puede hacer limpio a lo inmundo (Dt 32:5; Job 14:4). Definitivamente, un corazón limpio es una obra de Dios, teniendo como base la perfecta obra de Cristo en la cruz. Él nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Ap 1:5). Esta verdad está ilustrada magníficamente en la experiencia de los mártires salvados durante la gran tribulación. En Apocalipsis 7, al preguntarse: “Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?”, la respuesta es: “Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.” A este respecto, la experiencia corintia es grandemente significativa, pues el apóstol Pablo recuerda a estos creyentes su pervertido trasfondo moral de la antigua vida, para luego poner de relieve el “ahora” de su vida limpia y transformada: “... ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados...” (1 Cor 6:11).

Hasta aquí, hemos tratado el lado **posicional** de nuestra limpieza en Cristo, esto es el lado glorioso de nuestra irreversible salvación, de nuestra unión vital con Él. Ahora, en el tema del corazón limpio, encontramos igualmente una verdad **condicional**, es decir, al creyente le es grato andar en santidad de vida en el diario vivir, pese al escenario adverso de un mundo co-

rrupto y perverso. Por un lado, el creyente agradece al Dios y Padre el haberle limpiado a precio de la sangre del Hijo; por el otro, Dios recibe mucha gloria de hombres y mujeres creyentes que caminan con rectitud y pureza de corazón. De esta pureza de vida leemos en la segunda carta de Pablo a Timoteo: “Conoce el Señor a los que son suyos (lo que Dios ve); y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo (lo que el mundo puede ver manifestado en la vida del creyente)” (2 Tim 2:19). El v. 21 de este mismo capítulo se refiere a esta misma experiencia de limpieza práctica: “Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.” Al respecto, es muy precioso saber que los hombres y mujeres de corazón limpio no son especímenes aislados. Hay una compañía de salvados que aman y practican la santidad para honrar a su Señor y Salvador, y cada salvado puede expresar y compartir comunión “con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2 Tim 2:22).

Como ya queda dicho, ser de limpio corazón es una posición en Cristo y, a la vez, conlleva una condición en el diario vivir, pero “verán a Dios” es la consecuente bienaventuranza de todo ello. Tocante a esto último, es posible entenderlo desde un punto de vista literal en cuanto a la esperanza celestial del creyente. Es decir, en gloria hemos de ver a Dios en Jesucristo, como él mismo lo enseñó cuando se presentó en la escena terrenal, diciendo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” y como se expresa en la carta paulina a los colosenses: “Él es la imagen del Dios invisible”, lo cual es presentado en la versión DHH: “Cristo es la imagen visible de Dios, que es invis-

ble” (Juan 14:9; Col. 1:15). Al respecto, Juan es claro al decirnos: “Cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn 3:2). Es de esta manera que “los de limpio corazón” verán a Dios, sin contradicción con Juan 1:18 y 2 Tim 6:16.

Pero también, “ver” a Dios se entiende en algunos pasajes de la palabra con un significado espiritual, como por ejemplo, en el Salmo 84 donde la referencia es a los peregrinos que con devoción subían a Jerusalén tres veces en el año, a un solemne encuentro con su Dios, en las llamadas fiestas de Jehová, de ellos se dice: “Verán a Dios en Sión” (léase Sal 84:5-7). Del mismo tenor leemos en Hebreos capítulo 13, acerca de que sin la santidad “nadie verá al Señor” (v.14), nadie verá al Señor aquí manifestando su bendición, ningún vaso que no se limpia podrá ser “instrumento para honra”, según leemos en 2 Tim 2:21.

También es cierto que se necesita un corazón limpio para ver a Dios en la Sagrada Escritura, acercándonos a ella con “limpio entendimiento” (2 Ped 3:1) e, igualmente, para ver a Dios en su creación (Ro 1:19,20). No así el filósofo e existencialista incrédulo francés Jean Paul Sarte, quien al contemplar la naturaleza solo sentía náuseas, viendo a la creación como un sinsentido y un despropósito, pero los salvados de todos los tiempos, aunados al salmista David, proclamamos que “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1). Afin al presente tema, contundente fue la respuesta de la niña de padres creyentes confrontada por un vecino ateo, quien le dijo: “Dime dónde está Dios y te daré una manzana”, a lo cual la niña contestó: “Dígame usted, señor, dónde Él no está, y le daré 10 manzanas”.



El Tribunal de Cristo (4)

Andrew Turkington

4. Claridad

Una de las realidades más solemnes en cuanto al tribunal de Cristo es que todo va a ser manifestado con plena claridad. Cuando dice en 2 Cor 5:10 que “es necesario que todos nosotros *comparezcamos* ante el tribunal de Cristo”, no significa que meramente haremos acto de presencia. La palabra traducida “comparezcamos” significa manifestar, hacer visible o conocido lo que ha estado oculto o desconocido. Vamos a ser manifestados a la plena luz divina delante del tribunal. Es como voltear una camisa de adentro para fuera, mostrando todo lo que antes no se veía. El Señor declaró que “nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse” (Lc. 12:2).

¿Qué es lo que el Señor va a manifestar en el tribunal de Cristo?

1. Lo que somos

“A Dios le es manifiesto lo que somos” (2 Cor 5:11). Lo que somos es nuestro verdadero carácter, no lo que aparentamos delante de los demás. Nuestro carácter es lo que somos en la oscuridad, cuando ningún ojo humano nos está viendo. Para el Señor lo que somos es más importante que lo que hacemos. El joven José en Egipto, lejos de la vista de su padre y hermanos, manifestó esa integridad de carácter. Acosado por una tentación tan fuerte, él pudo decir: “¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría

contra Dios?” (Gn. 39:9). Apreciado creyente, ¿qué haces cuando estás sólo, cuando nadie te puede ver? ¿Qué páginas de internet visitas? Eso revela lo que realmente eres. Tu verdadero carácter no es lo que los hermanos ven en ti cuando estás en el culto, sino lo que Dios ve en ti cuando estás a solas. Y eso es lo que va a ser manifestado en el tribunal de Cristo.

2. Lo que hayamos hecho

“Para que cada uno reciba *según lo que haya hecho* mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Cor 5:10). En cuanto a lo que hicimos cuando todavía éramos inconversos, gracias al Señor que todo ha sido borrado. Fuimos recibido a misericordia, porque lo hicimos por ignorancia, en incredulidad (1 Tim 1:13). Pero el Señor está tomando en cuenta nuestros hechos –mientras estamos en el cuerpo– desde el día de nuestra conversión. El Señor va a devolver a cada creyente según lo que haya hecho, sea bueno o sea malo. Esto no tiene nada que ver con el castigo por nuestros pecados. Ese castigo, que era el tormento del infierno, lo llevó el Señor en la cruz. Pero la recompensa que cada creyente recibirá dependerá de su conducta aquí en la tierra. Lo bueno es lo que fue agradable al Señor, y Él lo va a recompensar. Lo malo es lo que no tenía valor y resultará en pérdida de recompensa.

Algunos preguntan si nuestros pecados, aun cuando hayan sido confesados al Se-

ñor, saldrán a la luz en el tribunal de Cristo. Entendemos que sí, según el principio bíblico: “No hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni escondido, que no haya de salir a luz” (Mr. 4:22). Tal vez logremos esconder algo durante toda la vida, pero al fin será manifestado en el tribunal. El Señor “aclarará también lo oculto de las tinieblas” (1 Cor 4:5). Pero, como hemos indicado, no será para castigo, sino para mostrar que el Señor es justo en su otorgamiento o negación de recompensas.

3. La obra de cada uno

“Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, *la obra de cada uno* se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará” (1 Cor 3:12,13). Nuestro servicio en relación con la asamblea también será claramente manifestado. Cuando un edificio se incendia hay materiales que el fuego consume, pero otros materiales soportan el fuego. “¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová?” (Jer. 23:29). En el tribunal de Cristo, la palabra de Dios, como fuego, va a revelar el verdadero valor de la obra de cada uno. Una obra podría parecer muy grande y llamativa (como madera, heno y hojarasca), pero si no fue hecha en conformidad con las Escrituras, se quemará y sufriremos pérdida de recompensa. Otra obra podría parecer pequeña (como oro, plata, piedras preciosas), pero si fue hecha según la normativa Bíblica, va a permanecer y recibiremos recompensa por ella. Por ejemplo, en la soberanía del Señor, una persona podría creer por medio de la predicación pública de una mujer, pero esa mujer no recibirá recompensa por esto, por cuanto es-

ta actuando en contra de la Palabra de Dios. Gracias al Señor que no tenemos que esperar hasta llegar allá para saber cómo debíamos haber hecho la obra, porque tenemos el mismo Libro que el Señor va a usar para evaluar nuestro servicio.

Así como en otras referencias al tribunal de Cristo, se destaca la responsabilidad individual de cada creyente: “*Cada uno* mire como sobreedifica...la obra de *cada uno* se hará manifiesta... la obra de *cada uno* cuál sea...si permaneciere la obra de *alguno*...si la obra de *alguno* se quemare, *él* sufrirá pérdida”. Si otros no hacen la obra de acuerdo a la Palabra de Dios, yo sí debo asegurarme que todo mi servicio tiene el firme respaldo de las Escrituras, para no sufrir pérdida en el tribunal de Cristo.

4. Las intenciones de los corazones

“Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestara *las intenciones de los corazones*; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Cor 4:5). El motivo que nos mueve hacer algo en el servicio del Señor es muy importante para Él. Por ej.: “Nada hagáis por contienda, o por vanagloria” (Fil. 2:3). Los dones más espectaculares, y los sacrificios más costosos no tienen ningún valor sin el amor (1 Cor 13:1-3). Por supuesto, solamente el Señor conoce nuestros corazones y Él manifestará las intenciones de los corazones en el tribunal de Cristo. No debemos juzgar los motivos de otros antes de tiempo, pero sí debemos examinar nuestros propios corazones. Cuán fácil es hacer algo con motivos ulteriores, como para ser reconocido y alabado, o cumplir con alguna responsabilidad sola-

mente por deber. Por más grande que sea el sacrificio realizado, si el motivo no era digno, habrá pérdida de recompensa en el tribunal de Cristo.

5. Nuestras ofrendas secretas

“Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt 6:3,4). Aunque esta porción no trata directamente el tema del tribunal de Cristo, aquí hay un principio que rige en el otorgamiento de recompensas. Si se hace un bien solamente para ser visto de los hombres “no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos”. El Señor nos enseña que cuando damos algo “para ser alabado por los hombres”, ya tenemos nuestra recompensa. Dios no nos va a dar una recompensa adicional.

Es muy común en el mundo, aun el mundo religioso, dar publicidad a cualquier ofrenda entregada. Las personas se animan a dar más cuando van a recibir alabanza y admiración. Pero ¿qué vale la alabanza de los hombres en comparación con la recompensa de Dios el Padre? Desconocemos los grandes sacrificios que muchos han hecho por la obra del Señor, ofrendando generosamente sin buscar ninguna publicidad. Todo esto va a salir a la luz pública en el tribunal de Cristo y el Señor va a dar la justa recompensa a cada creyente. Todo esto no va a ser para gloria personal del creyente, sino para la gloria del Señor.

6. Nuestra devoción privada

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt

6:6). El Señor está condenando la hipocresía de los fariseos que amaban el orar en lugares públicos para ser vistos de los hombres; esa admiración y alabanza de los hombres era toda la recompensa que iban a recibir. En el tribunal de Cristo el Señor va a sacar a la luz cómo era nuestra vida devocional privada. Allí donde ningún ojo humano podía penetrar, el Señor estaba apreciando nuestro ejercicio de tener comunión con Dios y nuestras oraciones. ¡Cuánto debe la obra del Señor al ejercicio secreto de muchos creyentes! Algunos de ellos son ancianitos que no pueden servir al Señor de otra manera. En aquel día se va a conocer públicamente cuántas horas y con cuánto fervor oraban por los siervos del Señor, los ancianos de las asambleas y por todo el pueblo del Señor. También es solemne pensar que quedará descubierto que la vida pública de actividad y servicio de algunos de nosotros no tenía el respaldo de un consistente ejercicio privado de oración.

7. Nuestros sacrificios secretos

“Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt 6:17,18). ¡Cuán poco conocemos de la abnegación voluntaria de muchos creyentes sinceros sufren por el Señor y por Su Obra, negándose aun las cosas legítimas de la vida para poder ayudar en las actividades de la asamblea! Ellos no hablan de sus sufrimientos ni se gozan en que otros los lleguen a saber. Pero en el tribunal de Cristo el Señor justificará el hecho de que unos creyentes reciban una recompensa mayor que otros, sacando a la luz los sacrificios

que solamente Él podía ver en la vida privada de ellos.

Inmediatamente después de hablar de cómo el Señor va a manifestar todo con tanta claridad en el tribunal de Cristo, el apóstol dice: “Conociendo, pues, el temor

del Señor...” (2 Cor 5:11). Anticipar nuestra manifestación en el tribunal de Cristo nos ayudará a llevar vidas transparentes, aborreciendo toda hipocresía. También nos anima a seguir sirviéndole fielmente, aun cuando nadie se da cuenta de nuestros sacrificios.

(a continuar D.m.)



El respeto es muy importante en nuestras relaciones con los demás. Hay varias palabras en el Antiguo y Nuevo Testamento que se traducen como respeto. En nuestro idioma pudiéramos decir que la palabra “respeto” es la consideración y el reconocimiento que se guarda a otra persona por lo que ella es o representa.

El tener respeto a otra persona se demuestra por la forma como le hablamos y el contenido de lo que le hablamos. También por los gestos y las acciones al momento de tratarlos.

En Las Escrituras encontramos algunos casos que nos ayudan a entender la importancia de guardar el respeto.

El caso de la autoridad

“Y Eliseo dijo: Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no tuviese respeto al rostro de Josafat rey de Judá, no te mirara a ti, ni te viera”, 2 R

3:14. Aunque Joram era un rey malvado, la presencia de Josafat, rey de Judá, controló las palabras y la actitud de Eliseo cuando fue presentado delante de ellos. Eliseo respetó la investidura del rey Josafat. La investidura que una persona representa es algo que nosotros debemos respetar. No quiere decir que debemos pasar por alto sus errores y pecados pero sí debemos saber la forma y la manera en que debemos tratarlos. El apóstol Pablo reconoció el respeto a la investidura del sumo sacerdote en el incidente narrado en Hechos 23:5. El caso de David y Saúl es un ejemplo muy claro del respeto a la autoridad. Varias veces leemos de David respetando a Saúl por ser el “ungido” de Jehová. También en el área laboral encontramos el consejo apostólico: *“Cria-dos, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar”, 1 Ped 2:18.* Debemos respetar la autoridad ya sea gubernamental o laboral. ***“Al que respeto, respeto.”***

El caso de los ancianos (viejos)

“A los príncipes colgaron de las manos; no respetaron el rostro de los viejos” (Lam 5:12). Aquí hay una clara condena de la manera como fueron tratados las personas ancianas en aquellos tiempos de angustia para el pueblo de Dios. El solo hecho de tratar con personas de mayor edad que la nuestra requiere de parte de uno el guardarle respeto. Eso fue algo sobre lo cual Israel fue instruido cuando emprendieron el viaje a través del desierto. *“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo Jehová”* (Lev 19:32). Seguramente el apóstol hace eco de este pasaje cuando aconseja a Timoteo diciéndole: *“No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre”* (1 Tim 5:1). Las personas mayores pueden equivocarse igual que las demás, pero Timoteo debía corregirlos sin ofenderlos con palabras, sino respetando su edad mayor. Debemos respetar a las personas mayores. ***“Al que respeto, respeto.”***

El caso de los padres

Aunque no se usa literalmente la palabra respeto en la relación de hijos con sus padres, es muy evidente que esa es la intención cuando leemos pasajes como Ef 6:1 *“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo”*. También Heb 12:9 *“Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos”*. En el Antiguo Testamento vemos la severidad con que se trataba el irrespeto a los padres: *“Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él”* (Lev

20:9). Debemos respetar a nuestros padres. ***“Al que respeto, respeto.”***

El caso del esposo

Leemos en Efesios 5:33: *“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido”*. Aunque la exhortación al respeto está dirigida en relación con la esposa a su esposo, queda muy claro que es también una exhortación a la relación del esposo a su esposa, porque en las palabras *“ame también a su mujer”* va encerrada también la idea del respeto de él hacia ella. Cuando hay amor, hay respeto. Las palabras o las acciones hirientes, ofensivas o denigrantes atentan contra la relación matrimonial. Así dice 1 Cor 13:5 acerca del amor: *“no hace nada indebido”*. Debemos respetarnos en la relación matrimonial. ***“Al que respeto, respeto.”***

El caso de Dios y Su Palabra

En la parábola de Mateo 21:33-42, el hijo representa al Señor Jesucristo y la forma como el pueblo de Israel lo trató al menospreciarle y llevarlo a la cruz. El Señor requiere de nuestro respeto. Su palabra también merece nuestro respeto. Leemos en Isaías 66:2, *“miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”*. Por encima de cualquier relación humana, la relación con el Señor y su Palabra amerita de nuestro respeto. La manera como hablamos, opinamos o lo que hacemos pondrá en evidencia el respeto que tenemos al Señor y a Su Palabra. Hablar de Dios como “papito” o de “jesusito” para referirnos al Señor Jesucristo es una falta de respeto. Debemos respetar a Dios y a su Palabra. ***“Al que respeto, respeto.”***

Analogías entre el Cruce del Jordán y el Mar Rojo

Alejandro Trias

El cruce del Jordán en Josué capítulo 3, era un momento muy significativo para el pueblo de Dios. Estaría lleno de recuerdos para la nación; posiblemente Josué y Caleb serían los únicos que tendrían claridad sobre lo que había ocurrido hace unos 40 años atrás cuando cruzaron el Mar Rojo. El resto de la población de 20 años en adelante había quedado tendida en el desierto a causa de su incredulidad.

Destaquemos 5 aspectos de esto:

El Principio

Cruzar el Jordán era volver a su fe inicial. Después de pasar el Mar Rojo está escrito que “el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo” (Éx. 15:31). ¡Cuánto bien nos hace ser llevados a esa fe inicial, cuando fuimos salvos y vimos la victoria sobre nuestros enemigos! “Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno.” “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn 2:13; 5:4). El apóstol Pablo quiere llevar hasta ese momento a Timoteo en su segunda carta: “trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice”, sabiendo el beneficio que esto le traería, pues de inmediato le dice “te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti” (2 Tim 1:5,6). El mismo apóstol Pablo demuestra que disfrutaba mucho contar de esa fe inicial, pues al dar su testimonio al rey Agripa, él comienza di-

ciendo: “Me tengo por dichoso, oh rey Agripa, de que haya de defenderme hoy delante de ti” (Hch 26:2). Y es lo que el Señor está haciendo con Josué, Caleb y toda la Nación, llevándolos a su fe inicial, cuando todo comenzó.

El Poder

Ahora bien, ambos eventos demostraron mucho poder, el primero asociado a la salida de Egipto y el otro a la entrada a Canaán. El uno está asociado a Cristo y su venida a favor nuestro, “Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él” (Hch 2:22) y su poder para morir y resucitar, “porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar... Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Jn 10:17,18). El otro evento está asociado a su segunda venida, a las nubes, para llevarnos al cielo. ¡Cuánto poder para levantarnos, para transformarnos y finalmente transportarnos a través de una atmósfera plagada de principados, potestades, gobernadores de las tinieblas, huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, como lo señala Ef 6:12! Nos hace pensar en la escena de Cnt 3:6-8: “¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático? He aquí es la litera de Salomón; sesenta valientes la rodean, de los fuertes de Israel. Todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra; cada uno su espada sobre su muslo,

por los temores de la noche”. Que despliegue de poder mostrará su venida por los suyos.

La Primacía

Otra analogía es que ambos eventos tenían entre sus objetivos engrandecer a los líderes del pueblo de Dios, pues en el primer caso, como ya hemos notado, se dice “creyeron... a Moisés su siervo” (Éx 14:31). Y en el caso de Josué dice: “desde este día comenzaré a engrandecerte delante de los ojos de Israel, para que entiendan que como estuve con Moisés, así estaré contigo” (Jos 3:7). No hay ninguna figura que hable de manera completa del Señor Jesucristo. Se habla de 5 ofrendas en el libro de Levítico para describir la única ofrenda y sacrificio de Cristo. Aquí son dos personajes, uno para sacar de la esclavitud de Egipto, Moisés, y otro para introducir al pueblo a la tierra prometida, Josué. Ambos se complementan para presentarnos a Cristo, y Él es la persona grande en relación con su pueblo y a los propósitos de Dios. ¡Que triste cuando estamos buscando grandeza entre el pueblo de Dios! Sería bueno escuchar las palabras del Señor a Baruc en Jeremías 45:5 “¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques”. Tenemos el triste ejemplo de Diótrefes, “al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos” (3 Juan 9), y el feliz ejemplo del apóstol Pablo: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos” (Ef 3:8).

La Presencia y Su Palabra

Otra analogía entre ambos sucesos tiene que ver con la Nube y el Arca, ambas traían dirección a Su pueblo. “Y Jehová iba delante de ellos en una columna de nube para guiarlos por el camino” (Éx 13:21), y cruzando el Mar Rojo se dice “... y alumbraba

a Israel” (Éx 14:20). En cuanto al Jordán se dice: “Cuando veáis el arca del pacto... vosotros saldréis... y marcharéis en pos de ella, a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir” (Jos 3:3,4). Es una realidad que, si hay algo que necesitamos hoy, es dirección Divina. Números capítulos 9 y 10 menciona juntos, La Nube y Las Trompetas de Plata, dando dirección; en Josué, el Arca y las Tablas de la Ley adentro. Finalmente el Varón con el Cántaro de Agua sobre la cabeza, dando dirección a Pedro y Juan para llegar al aposento alto (Luc 22:9-12). La dirección para Su pueblo hoy tiene que ver directamente con Su Libro, ilustrado en las Trompetas, la Ley y el Cántaro de Agua. “Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen” (Jn 10:27). El Pastor “va delante de ellas; y las ovejas le siguen porque conocen su voz” (Jn 10:4). Atendamos a Su voz y llegaremos siempre a puerto seguro.

La Percepción

Otra relación entre ambos sucesos tiene que ver con el mensaje que se anuncia por ambos portentos a los enemigos de Dios; era una aseveración de que el juicio venía sobre ellos. En cuanto a la apertura del Mar Rojo se dice: “Lo oirán los pueblos, y temblarán; se apoderará dolor de la tierra de los filisteos. Entonces los caudillos de Edom se turbarán; a los valientes de Moab les sobrecogerá temblor; se acobardarán todos los moradores de Canaán. Caiga sobre ellos temblor y espanto; a la grandeza de tu brazo enmudezcan como una piedra...” (Éx 15:14-16). Y el resultado del cruce del Jordán fue: “Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta

que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel” (Jos 5:1).

Para el primer caso, prefigurando a Cristo y su primera venida para dar Su vida en cruz y resucitar al tercer día, pensamos en la parábola de Los Labradores Malvados en Marcos 12. Después de darle muerte al Hijo Amado, se hace la pregunta “¿Que, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros. ¿Ni aun esta escritura habéis leído: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo; el Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?” (Mr 12:9-10). La posición exaltada del que ocupó la cruz compungió a la multitud en Hechos capítulo 2: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos... para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch 2:36-38).

Ocurrió exactamente igual que a Rahab cuando recibió a los espías: “Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto... Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Jos 2:10-11). Y cuando el Señor venga a las nubes a arrebatar a su pueblo, la lectura que debería predominar en el mundo es su ira inminente, sus juicios, habiendo sido la Iglesia librada de la ira venidera: “y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tes 1:10).

El Señor nos permita vivir a la luz del significado de estos dos eventos El Cruce del Mar Rojo y El Cruce del Jordán, desde La Cruz a La Gloria, y puesto que está por verse nuestro ascenso a los cielos, tengamos presente la exhortación de Hebreos 12:28: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”

Yo honraré a los que me honran

Cierto famoso empresario incrédulo, ordenó a sus empleados un sábado, que el domingo por la mañana fuesen al puerto para descargar un buque recién llegado. Un joven obrero suyo contestó tranquilamente: —Señor G., no puedo trabajar los domingos.

—Ya conoce usted el reglamento —le contestó el señor G.

—Sí señor, lo conozco, y aunque soy el sostén de mi anciana madre, no puedo trabajar los domingos.

—Bueno, pues, suba usted al despacho y el cajero le entregará su cuenta—dijo el Señor G.

Por espacio de tres semanas anduvo el joven buscando trabajo. Cierta día se presentó un banquero al incrédulo señor G., preguntándole si podía recomendarle una persona honrada y fiel para ser cajero de un banco que iba a abrirse.

El incrédulo mencionó al joven que había despedido, recomendándolo como persona apta.

—Pero —dijo el banquero—, usted lo despidió.

—Sí señor —respondió el señor G—, lo despedí porque no quería trabajar los domingos. Pero un hombre que puede perder su puesto por no violentar su conciencia, servirá bien de cajero de confianza.

La Predicación del Evangelio

John Dennison

La mayoría de los creyentes se han visto a veces como un campo de batalla. Muy adentro, el anhelo de ver almas salvadas choca contra una alianza de nervios, el temor de sentir vergüenza y una falta de confianza. Queremos testificar, pero muchas veces perdemos la batalla adentro y faltamos a nuestro Salvador. ¿Cómo podemos mejorar? Quizás nos ayudará considerar al perfecto Ganador de almas.

La Ley de Primera Mención exige que busquemos principios básicos en el primer ejemplo de la salvación de un alma. En Edén Jehová Dios llevó hábilmente a Adán y Eva a reconocer su pecado y a poner su fe en la provisión que Él había hecho. ¿Cómo lo hizo? ¿Qué podemos aprender? Si se pueden trazar estas verdades a lo largo de la Escritura, podemos afirmar con confianza que son principios para guiarnos cuando vamos a “todo el mundo”.

1. Nuestra perspectiva

¿Todo creyente debe testificar o querer testificar? ¿Testificar es un privilegio o es una responsabilidad? Antes de su ascensión, el Señor mandó a sus discípulos: “Id por todo el mundo y predicad [proclamad] el evangelio a toda criatura” (Marcos 16.15). No fue una idea, sugerencia o solicitud. El Salvador espera y ordena a sus discípulos a compartir el evangelio. No todos podemos predicar públicamente, pero todos **debemos** cumplir con nuestro deber de testificar.

Nuestro concepto de testificar debe ser muy diferente al de una responsabilidad exigida. Jehová Dios demostró su capacidad de alcanzar las almas en Edén sin una involucración humana. El Señor no nos **necesita** para testificar, ¡pero **quiere** contar con nosotros! Por sí solo puede encontrar a un Felipe o un Natanael. Sin embargo, nos concede el privilegio de encontrar un alma así como Andrés encontró a Pedro. Por esto, Su orden no tiene que ver con un deber; es una directriz de permiso. Es la concesión de una oportunidad a compartir en Su obra. Él puede pescar a solas (Juan 21), o podemos bajar la red y ser colaboradores suyos. Una debida perspectiva del privilegio emocionante de hablar, escribir, compartir o vivir una palabra para Él debe motivarnos a todos.

2. Nuestro propósito

Jehová Dios habló con Adán y Eva, primeramente para llevarles al arrepentimiento (un cambio de mente para ver el pecado cómo Dios lo ve) y luego a una apropiación personal del sacrificio (versículo 14). Debemos estar claros en nuestros objetivos. No estamos tabulando “entregas”, “decisiones para Cristo”, o “corazones dados al Señor”. Cuesta no fijarnos en “cantidades” en nuestros resultados en una sociedad tan orientada a evidencias palpantes. Sin embargo, el Señor dijo: “Seréis mis testigos”. Nuestra meta es llevar la gente a la persona de Cristo para que reconozca la santidad de

Dios (Dios es Luz) y a la provisión de Cristo para que reconozca el interés de Dios (Dios es Amor). Nos corresponde testificar fielmente, y el Señor se responsabilizará por los resultados.

3. Nuestras prioridades

Nuestra primera prioridad debería ser la propagación de la semilla de la Palabra de Dios. Hacerlo es imitar al Salvador (Mateo 13.3). Felipe el Evangelista esparció fielmente el evangelio en Samaria en Hechos 8. ¡Cumplió la comisión del Salvador de ir y evangelizar!

Nuestra segunda prioridad debería ser el de buscar almas específicas con quienes Dios está tratando. El Señor buscó y encontró proactivamente a Adán y Eva (versículo 8). Obsérvese que nunca salió en busca del Diablo; para él no había salvación. El Señor sabía dónde encontrar a Adán y Eva en el Huerto y salió a encontrarlos al aire del día. La evangelización de butaca no está en la Biblia; ¡debemos IR! Tenemos que fomentar una sensibilidad a la dirección divina así como Felipe fue guiado al etíope. Tenemos que tomar muy en serio dónde, cuándo y cómo podemos encontrar almas específicas que están buscando la paz.

Fíjese cuál de estas dos prioridades vino primero. No hay “Especialistas en Almas Perturbadas”. Cuando estamos cumpliendo con nuestra responsabilidad general, Dios concede una oportunidad específica. Siempre es más fácil dirigir un vehículo cuando ya está en marcha. El Señor le dirigirá a almas específicas cuando usted está difundiendo el evangelio fielmente.

Nuestra tercera prioridad es aplicar y apoyar la metodología divina. En el Nuevo

Testamento la predicación pública es el método predilecto de Dios. Tenemos que testificar para preparar el pueblo para oír la palabra predicada. Muchos han sido salvos solamente por medio de un testimonio, pero el patron es: “Los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando (testificando) el evangelio. Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba (proclamaba públicamente) a Cristo”. (Hechos 8.4,5) Por cuanto toda obra de predicación es parte de la extensión de una asamblea, debemos usar nuestro testimonio para fomentar esta obra también.

Nuestra cuarta prioridad es ayudar a las almas a ubicarse. La primera pregunta de Dios a Adán le hace darse cuenta de su posición espiritual. Esta primera “orientación” tuvo lugar antes de que fuesen llevados a aceptar la provisión que Dios hizo. Empujar las almas “no ubicadas” a hacer algo (crear) es prematuro y conduce a profesiones falsas o un grave rechazo al crecimiento en la fe después de la conversión.

Nuestra quinta prioridad es intentar que las personas se enfoquen sobre el carácter de Dios. Antes de presentarse el Señor al aire del día, Adán y Eva percibían pero no identificaban un problema de sentir la vergüenza de la memoria y los dardos de la conciencia. Pero, cuando se compararon con Jehová Dios, comprendieron la magnitud de su pecado.

4. Nuestros problemas

Temor versus convicción: Adán dijo que ellos se escondieron en los árboles porque tenía miedo y se sentía apenado. Esto fue muy diferente a su convicción de pecado cuando Dios le habló. Su temor de

las consecuencias fue diferente de su comprensión de la santidad de Dios y su propia necesidad. Este problema de temor en vez de convicción predomina especialmente en los niños. Temen ante eventos tales como la muerte, el infierno o el arrebatamiento pero todavía no han captado la seriedad del pecado y su responsabilidad personal. Es esencial enfocarles sobre su pecado y la santidad divina. El Señor habló del castigo por sus pecados *después* de hablar de lo que es el pecado y su responsabilidad personal. El temor se basa en las emociones; la convicción se basa en la Escritura.

Religión: La gente suele buscar una solución física a un problema espiritual. Adán y Eva cosieron delantales de hojas de higuera en un intento de cubrir su desnudez (versículo 7). Intentaron una solución para un síntoma físico en vez de resolver el problema espiritual. Generalmente la mente humana tiende a pensar en función de terminos concretos. Son difíciles de captar las cuestiones espirituales tales como pecado, santidad, salvación y seguridad. A menudo las personas recurren a ciertas actividades físicas como bautismo, oraciones, ídolos y rezos. Jehová Dios nunca les criticó a Adán y Eva, ni tampoco Felipe se burlaba del híbrido del judaísmo y el paganismo en Samaria. Presentemos la verdad, y tarde o temprano las personas se darán cuenta de lo que es falso.

¡Excusas, excusas, excusas! La naturaleza humana está torcida por el pecado y el corazón es engañoso. La mayoría seguirán a la primera pareja, y buscarán a quién echarle la culpa o una excusa que ofrecer. Obsérvese el mucho uso de *ti, te, tú* en los versículos 15 y 16. Al testificar, debemos enfocar respetuosa y

tiernamente sobre nuestra responsabilidad ante Dios.

5. Nuestras prácticas

Jehová Dios empleó su propia palabra dicha (versículo 11) para llevar a cabo la convicción y salvación. El Diablo obra intensamente para echar duda sobre la Palabra de Dios. Él sabe cuán poderosa es. Por esto debemos reafirmar constante y acertadamente la Palabra de Dios a las personas. La voz de Dios por medio de Su Palabra es lo que trae la regeneración a las almas (1 Pedro 1.23). Felipe se ciñó a este principio original, “comenzando desde esta escritura” al eunuco en Hechos capítulo 8. El Salvador hizo lo mismo con el abogado en Lucas 10.25,26. Hay un gran valor en repasar los Diez Mandamientos y Romanos capítulo 3 al testificar a las almas. Intentemos dejar con ellas todo lo posible de la Palabra de Dios. A veces hace falta cantidad y volumen de soporte, pero otras veces una sola palabra en sazón puede doblegar un alma ante su necesidad.

A menudo es importante valerse de las circunstancias del momento y los objetos bien conocidos al tratar con una persona. Jehová Dios utilizó la ubicación física de Adán entre los árboles para dar inicio a una conversación que le llevó a fe en el sacrificio. Pablo empleó esta técnica en Hechos capítulo 17 al comenzar con su observación del altar ateniense al DIOS NO CONOCIDO.

Las preguntas también son importantes al entablar una buena conversación.

El Señor usaba mayormente el *quién, qué, dónde, cuándo* y *por qué*. Las preguntas *Sí/No* tienden a elicitar respuestas de una sola palabra con poca o ninguna explicación. El Señor usó este tipo

de pregunta para lograr que Adán dijera lo que Él ya sabía y lo que Adán estaba pensando. Debemos ser sensibles a los antecedentes y los niveles de conocimiento e interés. Como el Señor, debemos **preguntar** y luego **escuchar** para obtener esta información. Felipe comprendía su auditorio y predicaba *Cristo* a los judíos bien informados y *Jesús* a los samaritanos menos instruidos.

Finalmente, hay un gran valor en emplear ilustraciones auténticas de verdades espirituales. Jehová Dios utilizó las pieles de animales para enseñar una gran verdad espiritual. El Salvador se valió de parábolas y de las historias del Antiguo Testamento. Las ilustraciones no son la

puerta a la salvación pero pueden admitir luz para iluminar la mente. Debemos usarlas cuidadosamente y con oración.

Testificar no es fácil ni natural para la mayoría de las personalidades. Es un estilo de vida a ser desarrollado, una meta a ser proseguida y una obra en la cual invertir. Tenemos que contar con la ayuda de Dios en todos los aspectos de nuestro testimonio. Que Él nos ayude a sentir más de Su pasión, a comprender más Sus principios y a contar con más de Su poder en nuestro testimonio para Él. ¡Oh el gozo en nuestros corazones cuando podemos decir ‘Por este niño oraba’!

(De “Tesoro Digital”)



La travesía de Israel por el desierto está bien fechada. Su salida de Egipto dio inicio a un nuevo calendario. El día 14 del primer mes de ese año celebraron la pascua y salieron de Egipto (Ex 12:1-51). En el tercer mes llegaron al desierto de Sinaí (Ex 19:1). Allí estuvieron 9 meses hasta que el tabernáculo fue erigido el primer día del primer mes del segundo año (Ex 40:17).

Celebraron la segunda pascua el 14 del primer mes del segundo año (Num 9:1-3). Luego el día primero del segundo mes de ese segundo año se ordenó hacer el censo

de los que podían salir a la guerra (Num 1:1-3) y se dieron las instrucciones para la marcha.

Veinte días después reinician la marcha desde el Sinaí, el día 20 del segundo mes del segundo año (Num 10:11,12). Ese mismo año llegaron a Cades-Barnea y se enviaron doce hombres a explorar la tierra de Canaán. Al regresar, diez de ellos acusaron a Jehová de querer matarlos al entrar en Canaán. Hasta pensaron apedrear a Josué y Caleb quienes eran los otros dos que sí animaban al pueblo a confiar en Jehová y conquistar la tierra prometida (Num 14:1-11).

Por esta razón, Dios los condenó a vagar por el desierto hasta que se cumplieran 40 años (Num 14:32-35). Entonces vemos que Israel comenzó a andar por el desierto hasta que murieron todos los que habían sido censados como soldados y que se habían rebelado contra Dios ante el informe de aquellos diez espías.

Las Escrituras nos presentan con detalles los acontecimientos de Israel durante los dos primeros años de su peregrinar, pero guarda un silencio casi total de los siguientes 37 años. Se retoma la historia el primer mes del año 40 para señalar la muerte de María (Num 20:1) y luego la de Aarón en el primer día del mes quinto de ese mismo año (Num 33:38).

Esto nos deja una especie de paréntesis de 37 años entre el segundo año y el año cuarenta del viaje a través del desierto. Lo que sucedió en ese período prácticamente es desconocido. Apenas tenemos los lugares en donde estuvieron (Num 33:5-49) y la muerte de alrededor de 600.000 israelitas. Pero es muy poco lo que se sabe de ese período. Es como si Dios por un momento dejara de escribir la historia para enseñarnos que ese tiempo fue un tiempo perdido, sin provecho para Dios y sin provecho para el pueblo. En otras palabras, aunque el viaje duró 40 años, parece que solo tres años valieron para Dios: los dos primeros y el último.

Es muy significativo que en ese gran capítulo de la fe, Hebreos 11, se pasa por alto aquellos años en el desierto. El v. 29 dice que por la fe pasaron el Mar Rojo, y en seguida el v. 30 dice que por la fe cayeron los muros de Jericó. Los años en el desierto no contaron para Dios porque se caracterizaron por incredulidad, no por fe.

Visto así, somos motivados a pensar en cada uno de nosotros para preguntarnos, ¿cuánto de nuestro tiempo como creyentes ha tenido un verdadero valor para Dios?

Hace años había una propaganda de una línea de aviación que decía “el tiempo se pasa volando”. El apóstol Pablo escribió: “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos” (Ef 5:15,16).

Es posible que la experiencia en el desierto guió a Moisés para escribir: “Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Sal 90:12).

No es suficiente con decir que tenemos tanto tiempo de salvados, sino plantearnos cuánto de ese tiempo vale de verdad para Dios. Debido a la brevedad de la vida, el manejo del tiempo es importante. Hay cosas que tal vez las podemos hacer hoy pero mañana no. Para vivir como Dios quiere que vivamos, es esencial que aprovechemos al máximo nuestro tiempo.

Hay cosas que pueden robarnos el tiempo, como la pereza: “Un poco de sueño, un poco de dormir, y cruzar por un poco las manos para reposo; así vendrá tu necesidad como caminante, y tu pobreza como hombre armado” (Pr. 6:10,11).

Se necesita tiempo para ser dedicado a la familia y al trabajo. Pero se necesita tiempo para ser usado en las cosas de nuestro Señor.

Ante la experiencia de Israel en el desierto y ante la verdad que pronto nos encontraremos en la eternidad, cabe preguntarnos: ***¿Cuánto de nuestro tiempo ha tenido un verdadero valor para Dios?***

Lo que preguntan

Gelson Villegas



¿Nos podrían dar alguna ayuda para distinguir los cuatro días en las Escrituras: el día del hombre (1 Cor 4:3), el día de Cristo (Fil 1:10), el día del Señor (1 Tes 5:2), y el día de Dios (2 Ped 3:12)? Se apreciaría ayuda con relación a su comienzo, su continuación y su consumación y si alguno coincide o se superpone a otro.

Podemos iniciar la respuesta a esta pregunta aseverando que estas expresiones no se refieren a un día de 24 horas. En el hebreo y en el griego, la palabra “día” tiene un rango de significados: desde un parte de un día, un período de 24 horas, un período de tiempo marcado por un carácter particular que lo une (por ej. “el día de salvación” en 2 Cor 6:2 y “el día de la eternidad” en 2 Ped 3:18).

El Día del Hombre

Tal vez el menos conocido es el día del hombre; pero un examen de la frase en el contexto nos ayuda a entenderla. Pablo dice: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano” (1 Cor 4:3). La palabra traducida “tribunal” literalmente es “día” y destaca el contraste que Pablo está haciendo entre “el día del hombre” en este capítulo y “el día” en cap. 3:13. Pablo no está contrastando meramente el presente con el futuro; también está contrastando el día del hombre —el presente período en que las cosas son juzgadas por los estándares del hombre— con un día futuro cuando será Cristo el que determina los

criterios del juicio. De modo que, el día del Señor, el día de Cristo, y el día de Dios dirigen nuestra atención al juicio y a la administración vigentes en cada uno de estos períodos.

El Día del Señor

Los profetas del Antiguo Testamento hablan frecuentemente del día del Señor (por ej. Is. 2:12; 13:6; 13:9; Jer 46:10; Ez 13:5; 30:3; Jo 1:15; 2:1, 11, 31; 3:14; Am 5:18, 20; Abd 1:15; Sof 1:7, 14; Zac 14:1; Mal 4:5), y sus descripciones se resumen bien por lo que dice Sofonías: “Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo;... Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol”. Este período, tan vívidamente evocado en la profecía, estará marcado por el juicio de Jehová sobre Israel y las naciones, y por la administración divina directa de la tierra.

El comienzo del día del Señor se describe en 1 Tes 5:2-3: “Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán”.

Comenzará silenciosa y sigilosamente, rompiendo sobre la humanidad en un tiempo de aparente seguridad. Es significativo que el apóstol usa el símil de dolores de parto para hablar de las angustias que arroparán el globo. Es la misma palabra usada por el Señor Jesús cuando habló del “principio de dolores” que marcarían los primeros tres años y medio de la Tribulación (Mt. 24:8). De modo que el día del Señor comenzará al mismo tiempo que la Tribulación: tal vez cuando el León de la tribu de Judá tome el rollo sellado (Ap. 5:7).

Pedro nos da el detalle de la duración y la conclusión del día del Señor. Usando lenguaje muy similar al de Pablo él recuerda a sus lectores que “el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”. De manera que el día del Señor se extiende desde el principio de la Tribulación, atraviesa el Milenio, y sigue hasta el momento cuando Dios envolverá los cielos y la tierra como un vestido gastado (Heb 1:11-12).

El Día de Dios

Es Pedro también que nos habla del día de Dios. En el mismo capítulo él mira más allá del día del Señor hacia la eternidad. “esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Ped 3:12,13). Este es uno de los pocos vistazos que tenemos del estado eterno, “el día de la eternidad” (2 Ped 3:18). En aquel día, Cristo habrá entregado el reino al

Dios y Padre “para que Dios sea todo en todos” (1 Cor 15:28).

Así que, en los tres días que ya hemos considerado tenemos una secuencia cronológica a través del tiempo, extendiendo desde el presente (el día del hombre), pasando por la Tribulación y el Milenio (el día del Señor), y siguiendo hasta el estado eterno (el día de Dios).

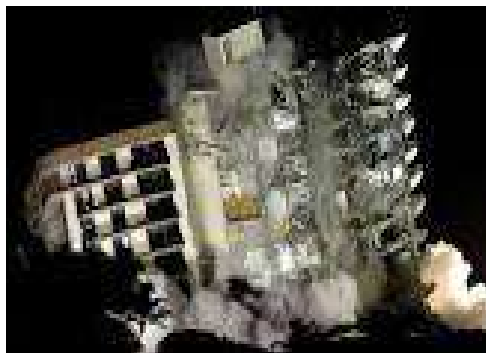
El Día de Cristo

Para el día de Cristo, el Apóstol Pablo usa varios términos para describir un día venidero de revisión (1 Cor 1:8; 3:13), recompensa (2 Tim 4:6-8), regocijo (Fil 2:16), y reposo (Fil. 1:6,10). Estos son: el “día de Cristo (Fil 1:10; 2:16), el “día del Jesucristo” (Fil 1:6), el “día de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor 1:8), el “día del Señor Jesús” (1 Cor 5:5), y “aquel día” (2 Tim 1:12; 4:8). Es significativo que solamente Pablo habla de este día. Así como la doctrina de la Iglesia, el día de Cristo no se conoce en el Antiguo Testamento –se aplica solamente a aquellos que están “en Cristo”. Así como la Iglesia es un cuerpo celestial, el día de Cristo es un día celestial. Su carácter se contrasta fuertemente al terror asociado con el día del Señor. Se anticipa y se anhela.

La Escritura nos da pocos detalles explícitos en cuanto a cuándo será este día. Sin embargo, está claro, por las características mencionadas anteriormente, que tiene que suceder después del Rapto, y antes de que la Iglesia aparezca con Cristo en manifestación. Parece que el día de Cristo va a transcurrir durante el período de la Tribulación, pero con un enfoque celestial, en vez de terrenal. En este día se llevarán a cabo el tribunal de Cristo y las bodas del Cordero.

Mark Sweetnam

Fue grande su ruina



Aquella noche fatal del 24 de junio de 2021 a las 1:30 am se derrumbó un edificio de 12 pisos cerca de Miami, dejando un lamentable saldo de 98 fallecidos. La mayoría estaba durmiendo tranquilamente, inconscientes del peligro en que estaban. Así la muerte puede llegar a ti, apreciado lector, de la manera más inesperada, sin ningún aviso. “Prepárate para venir al encuentro de tu Dios” (Am. 4:12).

No fue un terremoto, ni un huracán, ni un misil lo que hizo colapsar la construcción. Aunque todavía no se ha podido saber con exactitud las causas del desastre, se conocía que el terreno se estaba hundiendo poco a poco. Los fundamentos del edificio estaban cediendo ante el peso. Los habitantes del edificio, sin pensarlo mucho, estaban confiando en una estructura que estaba deteriorada con el tiempo. Tú no tienes ninguna intención de perder tu alma en el infierno; esperas estar un día en el cielo. Pero te pregunto, ¿en qué estás confiando?

El Señor Jesucristo habló de dos hombres que edificaron cada uno su casa Mat 7:24-27). Uno era prudente y se aseguró de construir sobre un buen fundamento, la roca. El otro, insensato, construyó su casa sobre la arena. El primero representa la persona que deposita su confianza en la sólida base de la

Palabra de Dios y en la persona del Señor Jesucristo. La Biblia dice: “¿Qué debo hacer para ser salvo?... Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (Hch 16:30,31). Por medio de Su muerte en la cruz y Su resurrección, el Señor ha establecido la base justa sobre la cual Dios puede perdonar al pecador. “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped 3:18). El que, arrepentido de sus pecados, pone su entera confianza en este Salvador, está seguro para la eternidad.

El hombre insensato que edificó sobre la arena representa a aquellos que ponen su confianza en una religión, en su propia buena vida y buenas obras, en guardar los diez mandamientos, o en algún santo o virgen de su devoción. Todos estos son fundamentos de arena que no aguantan la luz de la Palabra de Dios. El que confía en cualquier otra cosa o persona que no sea únicamente el Señor Jesucristo, va a quedar avergonzado un día de su confianza. Cuando vino la tempestad, aquella casa en la cual el insensato había puesto su confianza “cayó, y fue grande su ruina”. Confiar en tu religión, santos, vírgenes, o tu buena vida no te traerá ninguna seguridad en la hora de la muerte. Quedarás avergonzado de haber puesto tu confianza en tales cosas cuando te encuentres eternamente perdido en el infierno.

Por unos meses antes, hubo algunos indicios que no todo estaba bien con la construcción. Pero no era fácil para los inquilinos del edificio abandonar su apartamento donde vivían muy cómodamente y tenían una hermosa vista al mar. Tampoco es fácil abandonar “los deleites temporales del pecado” y las ofertas atractivas del mundo para creer en el Señor Jesucristo.

Una familia pensaba salir del edificio el día siguiente, pero ya era demasiado tarde. Tú también piensas ser salvo algún día, pero no te olvides que Dios dice: “He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación” (2 Co 6:2).

Andrew Turkington